

Paracelso, quijotesco sanador andante

Escribe Osler en su *Evolution of Modern Medicine* citando a Fuller (1609-1661): " 'Con el juicio con el que juzgáis seréis juzgados' es el veredicto de tres siglos sobre Paracelso. En respuesta a sus denuestos desmesurados a predecesores y contemporáneos, Paracelso fue considerado el archicharlatán de la historia. Recogemos la muy baja estima en la que lo tenían Fuller y Bacon (1561-1626) y una hueste de groseros escritorzuelos que degradan o pervierten sus escritos. Fuller lo presenta como ejemplo de curandero borracho cuyo cuerpo era un mar en el que la marea de la embriaguez subía y bajaba. 'Paracelso se jactaba de que pondría en su lugar a Lutero y al Papa como lo había hecho con Galeno e Hipócrates. Nunca se lo vio rezar y rara vez iba a la Iglesia. El no fue solamente experto en magia natural (el límite extremo que bordea los suburbios del infierno) sino que estaba acusado de una relación constante con demonios familiares. Era culpable de todos los vicios salvo la lujuria'. Bacon también dice cosas duras de Paracelso"¹.

Pero Paracelso tuvo también defensores. Gabriel Naudé (1600-1653), bibliotecario del Cardenal Mazarino, en su *Apologie pour tous les grands personages qui ont esté fausement soupçonnés de magie* lo llama "el zenit y el sol naciente de todos los alquimistas"².

Mucho más recientemente, en un libro titulado *La Alquimia*, Reinhard Federmann sostiene que Paracelso consideró a la vida como un proceso químico³. Esto es naturalmente un elogio, pero tal afirmación es inexacta o incompleta. Aun hoy los biólogos creyentes consideran la vida algo más que un proceso químico, asimismo no cabe esperar algo así de un místico como Paracelso. Quizá sería más exacto y más justo sostener que Paracelso consideraba a la vida como un proceso alquímico que no es lo mismo. En rigor, la alquimia no es solamente una técnica para obtener la piedra filosofal capaz de transmutar los bajos metales en oro, obtener *quintas-esencias* o *arcana* o un remedio para todas las enfermedades y para el envejecimiento sino, al mismo tiempo, una teosofía, una cosmología y una antropología; y, operativamente, un proceso de extracción y destilación.

Paracelso, que era profundamente religioso, descubrió que la medicina practicada en su tiempo era una profesión inútil, incapaz de curar las enfermedades, ejercida por ignorantes y farsantes presuntuosos. Tenía razón y tuvo el coraje y la grosera, imperdonable desvergüenza de decirlo. Pensaba que sólo Dios cura y que el médico debía llevar a la perfección la obra de Dios. "No son las Universidades las que hacen a los médicos, sólo Dios puede hacerlos". La alquimia formaba parte de una compleja y hermética visión de la realidad, con un Dios Trinitario y sus tres personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo, y con Dos Aspectos, masculino y femenino. Creía que los astros por El creados, y por delegación divina, gobernaban la Naturaleza y la Vida. El cielo y los astros eran el Macrocosmos, y el hombre, todos los hombres, eran un Microcosmos, también trinitario, formado por 1) cuerpo y sangre, 2) espíritu o sutil cuerpo sideral o cuerpo glorioso, y 3) el alma, libre a pesar de las estrellas, y receptora de la luz divina. Creía también que la facultad humana más alta era la imaginación capaz de penetrar en todos los secretos o *arcana* y que la imaginación podía ser falsificada por la fantasía. Todas las cosas, salvo el alma, tenían materialidad, visible o invisible; así hay dos cielos formados por los planetas y estrellas, uno, que el hombre ve, y otro, mas sutil y responsable del movimiento sideral, al que llamaba firmamento. Creía Paracelso que la carne y la sangre eran de tierra y agua, y que el espíritu o cuerpo sideral, responsable de la sensibilidad y del movimiento humanos, era de aire y de fuego. Pensaba que los cuatro elementos de Empédocles

y Aristóteles estaban formados por tres principios básicos: azufre, mercurio y sal (no el azufre, el mercurio y la sal comunes, sino los filosóficos). Y que la farmacopea galénica y avicénica no era capaz de sanar⁴.

Sostenía Paracelso que "la naturaleza no es más que la ciencia visible y la ciencia no es más que la naturaleza oculta". Naturaleza oculta puede traducirse por *magia natural* o *luz divina*, pero sin demasiado esfuerzo puede también parangonarse con la *ley natural*, oculta, que debe ser revelada por la imaginación y la experiencia. Recordamos que Paracelso fue contemporáneo de Copérnico y que Copérnico, Galileo, Kepler y Newton también incurrieron en creencias astrológicas y alquímicas y son los responsables de la llamada Revolución Científica. Paracelso representa, en gran medida, la ruptura con el pasado médico y la iniciación de una nueva medicina y de una nueva farmacia, *nuevas*, aunque rudimentarias⁵.

Había nacido el 10 de noviembre de 1493 en Einsiedeln, cantón de Schwytz, cerca de Zurich, hijo del médico Wilhelm von Hohenheim, a su vez hijo natural de un noble suave caballero de la Orden de San Juan, y de Elsa Oschner. Se lo llamó Philipus Aureolus Theophrastus Bombastus. Su madre murió siendo Paracelso aún muy niño y su padre se ocupó de él haciéndose acompañar por el niño a las consultas médicas, mientras lo instruía en latín, botánica y ciencias naturales. En 1502 se trasladaron a Villach, en la región minera de Carintia, donde el Dr. Hohenheim, además de ejercer su profesión, dirigió el laboratorio de las minas de los acaudalados Fugger, así Teofrasto se familiarizó con los minerales, la minería y la fundición de metales. Siguió su educación en la escuela benedictina de San Andrés, dirigida por el obispo de Lavantthal, Eberard Baumgertner, que también era alquimista.

A los 14 años se transformó en un estudiante nómada, pasando por las Universidades de Basilea y Viena, donde adquirió el Trivium y el Quadrivium y obtuvo, probablemente, el título de Bachiller. Se dirigió luego al norte de Italia y habría estudiado en Ferrara adquiriendo el título de *Doctor in utraque medicina*. Allí adoptó el nombre de Paracelso. Insatisfecho de la medicina escolástica pasó por Montpellier, París, y llegó a Lisboa a través de las universidades españolas. Allí se embarcó a Inglaterra, e hizo escalas en Escocia e Irlanda. Volvió después al continente y recorrió Dinamarca, Prusia, Polonia y Rusia. Volvió hacia Hungría y navegó el Mediterráneo desde Croacia a Sicilia, Rodas, Creta y, tal vez, Alejandría y Constantinopla. No viajó por el placer de viajar sino para completar su formación médica por el contacto con los simples e indoctos, viejas curanderas, gitanos, barberos, bañeros, vagabundos y nigromantes. Pudo haber tenido contacto con el Khan de los tártaros y convivido con sus *shamanes*, de los que habría aprendido el uso del opio, al que denominó láudano. Según algunas versiones, en Constantinopla habría completado su formación alquímica con Salomón Trismosín, interesado en la trasmutación de metales. "La sabiduría está en la práctica, no en los libros".

En 1624 volvió a Villach donde aún vivía su padre. Intentó establecerse en Salzburgo pero su simpatía por la Rebelión Campesina lo obligó a huir. Trató de instalarse en Estrasburgo comprando la ciudadanía y allí escribe la primera parte del *Opus Paramirum* y ejerce su profesión

Pero a finales de 1526 es llamado urgentemente desde Basilea por una consulta del famoso impresor Frobenius, a quien, por una lesión en una pierna le indican la amputación. Tratado por Paracelso la pierna del impresor cura, y el humanista que vive con Frobenius, Erasmo, le solicita que lo trate de la gota. Erasmo le escribe: "Tú has devuelto del país de las sombras a Frobenius, que es mi *alter ego*, y si consigues curarme a mí, habrás conseguido curar a dos seres que no son más que uno". Paracelso ceñía una espada a su costado y en el pomo de la empuñadura guardaba láudano. Tras el alivio de Erasmo, y por efecto de sus influencias, se lo nombró médico municipal, lo que incluía una obligación docente en la Universidad.

En la clase inaugural, en 1527, ante una multitud de docentes y alumnos, inició una disertación que comenzaba así: "Los cordones de mis zapatos encierran más sabiduría que Galeno y Avicena juntos, y

los pelos de mi barba tienen más experiencia que toda la Academia..." Y la conferencia no la dio en latín sino en alemán vulgar en el mismo tono descortés y agresivo. Los académicos con toga y bonete huyeron despavoridos ante un desaliñado profesor que niega la medicina tradicional y no tardaron en hacer efectiva su violenta oposición. Si esto no hubiera sido bastante, el 26 de junio de 1537, durante la celebración de San Juan, Paracelso arrojó el Canon de Avicena a la hoguera.

Paracelso fue injuriado con libelos por toda Basilea. Unos meses después Frobenius murió de una apoplejía y se avivó la persecución. Apareció un poema en perfectos hexámetros en la puerta de la Universidad en el que lo denominan *Cacofrasto*. Paracelso decide soportar. Trata entonces al canónigo Lichtenfelds que le prometió 150 florines si lo curaba. Con tres comprimidos se recupera de un indefinido mal. "¿Si fue tan fácil la cura por qué pagar tanto?" El canónigo se niega a pagar y Paracelso lo demanda.

Lo jueces le dan la razón al rico canónigo: pagará 6 florines. Y Paracelso ofende al Tribunal con una muy expresiva nota; el Tribunal decide que incurre en desacato; ordena detenerlo. Esa misma noche Paracelso huyó abandonando todas sus pertenencias.

Sería ocioso proseguir la historia de su vuelta a los caminos. Recorre Alsacia pero no permanece nunca más de un año en el mismo lugar. Encuentra siempre algún médico que simpatiza con él e innumerables enemigos. Luego recorre la cuenca del Rin; mas tarde ciudades a orillas del Danubio y el este de Alemania; llega a Breslau y, finalmente, un rescate salvador, por invitación del príncipe arzobispo Ernst von Bayern vuelve a establecerse en Salzburgo; está envejecido, enfermo y terminado. Hace su testamento y tres días después, el 24 de setiembre de 1541, muere en la Posada del Caballito Blanco. No había cumplido 48 años.

Su obra médica es considerable. En el *Opus Paramirum* (más allá del milagro) describe la patogenia de las enfermedades. Consideraba que había cinco causas de enfermedades: 1) *Ens astrí*, las producidas por influencia de las estrellas y los planetas, cuyas exhalaciones viajan por los aires y provocan epidemias y guerras; 2) *Ens veneni*, lo que ingresa por la boca puede provocar intoxicaciones y trastornos metabólicos y, aunque los venenos dependen de la dosis y todo puede ser veneno, a veces la enfermedad se debe al astro o alquimista que reside en el estómago que no separa bien lo útil y nutritivo de lo que debe excretarse; *Ens naturale*, enfermedades producidas por la herencia, la complejidad corporal o el envejecimiento; *Ens spiritualis*, enfermedades del espíritu o cuerpo sideral, cuya causa es invisible y produce las enfermedades mentales; y 5) *Ens Dei*, enviadas por Dios o castigo por el pecado, siempre incurables.

El *Liber Paragranum*, presenta las cuatro columnas de la medicina: la filosofía, la astronomía –astrología y meteorología– la alquimia y la virtud. Mejor sería llamarla sabiduría, como Platón, que comprende el conocimiento de la enfermedad, del enfermo y la conmovedora devoción paracélsica por los que sufren. Dice también que "la preparación de los remedios es el gran secreto y el fin principal de la alquimia", y la experiencia, el fundamento de la práctica médica.

Escribió una *Cirurgia Magna* donde afirma que el médico no puede ser ajeno a este arte considerado propio de barberos. Existe una tradición según la cual, durante los extensos periplos posteriores a su paso por las universidades fue cirujano militar, primero, para la Confederación de los Países Bajos, luego en el ejército dinamarqués y, finalmente, en el de la República de Venecia. Recordar que no se separaba de una larga espada y que montaba un demonio-caballo blanco. En este libro, que fue un éxito editorial en vida de Paracelso, se anticipó a Ambrosio Paré ("mantener la herida limpia").

Hay que agregar una infinidad de textos de diversa extensión como la *Pequeña Cirugía*, *Del origen y la procedencia del mal de los franceses*, *Los nueve libros de la Archidoxa* (es decir, de la suprema sabiduría), *La Filosofía de los Atenienses*, *Astronomía Magna*, *Libros de las Enfermedades del Tártaro* (litiasis renal y vesicular, depósitos en las arterias, gota, etc.), unos *Pronósticos para Europa*, a la

manera de Nostradamus. También *El mal de las Alturas y otras Enfermedades de las Montañas, El Cielo de los Filósofos o Libro de los Vejámenes* (en el que enseña a hacer oro y es incomprensible) y el curioso *Tratado de los Ninfos, Silfos, Pigmeos, Salamandras y otros Seres*, que demuestra que creía en ángeles y demonios^{6, 7, 8}.

No fue el primero en utilizar mercurio para la sífilis; ese honor le corresponde a Jacob Carpensis que lo empleó ya en 1502 y, según Paul de Kruif debió matar más que curar⁹. Paracelso fue un cruzado de la terapia metálica y la *espagiría* (aislamiento y reunión de quintas-esencias vegetales y minerales), consideró al mercurio específico para la sífilis pero tuvo mucho cuidado en la dosificación, evitando producir salivación continua en el paciente como indicio de toxicidad; descubrió el efecto diurético del mercurio y parece haberlo usado en la hidropesía, encontró cristales en la orina de los diabéticos después de evaporada y creyó que era sal, no glucosa; fue el primero en observar albúmina en la orina de pacientes diabéticos e hidropésicos al acidificarla, demostrando una sustancia lechosa por el color y el olor y la atribuyó a una incapacidad del riñón de digerir la sangre. Describió la silicosis de los mineros – o más bien la enfermedad pulmonar productora de incapacidad respiratoria– y advirtió que de padres con bocio nacían hijos con cretinismo. Intentó el uso de metales en casi todas las enfermedades, mercurio, hierro, antimonio, cobre y le puso nombre al zinc. Es muy curiosa la iconografía de Paracelso. El retrato con triple papada con aspecto de dama gorda y rosada pintado por Quentin Metsys (1465-1580) es el original. Existe una copia de Peter Paul Rubens (1617) y una cantidad de reproducciones. Llama la atención el grabado de Agustín Hirschvogel (1503-1553) que lo muestra apoyado en su gran espada y otra de perfil, calvo, canoso, con aspecto de viejo arrugado y decrepito, con cráneo irregular¹⁰.

Paracelso fue enterrado, de acuerdo a su voluntad, en el cementerio de pobres de Salzburgo. En los siglos siguientes fueron realizadas dos exhumaciones. La primera 50 años después de muerto y se encontró una singular depresión occipital y corrió el rumor de que había sido asesinado. El arzobispo Andreas Dietrichstein hizo colocar sus restos en un monumento funerario piramidal en el atrio de la Iglesia de San Sebastián de Salzburgo. El retrato de la placa no es el suyo sino el de su padre.

En una exhumación reciente (1993) estudios forenses sugieren que Paracelso podría haber sido genéticamente una mujer que padecía hiperplasia suprarrenal congénita con pseudo-hermafroditismo. La estatura es pequeña (1.60 m) y la pelvis femenina. O fue un varón con alguna forma de síndrome adreno-genital^{11, 12}.

En su lápida de mármol dice:

"Aquí descansa Philipus Teofrastus, ilustre Doctor en Medicina que gracias a su maravilloso arte curó las siguientes enfermedades: la lepra, la gota, la hidropesía, y otros contagios incurables del cuerpo, y que indicó que sus bienes fueran distribuidos entre los pobres. Cambió la vida por la muerte en el año 1547 el 29 de setiembre.

En el grabado de Hirschvogel el grabador escribió:

"Alterius non sunt qui suos esse potest"

No sea ajeno quién pueda ser suyo propio⁸.

Samuel Finkielman

e-mail: sfinkielman@fibertel.com.ar

1. Osler W. The evolution of modern medicine. New Haven. Yale University Press, 1927, p 132-3.
2. Memoirs of extraordinary popular delutions. Paracelsus. En: www.levity.com/alchemy/mackay; consultado 17/07/2008.
3. Federmann R. La alquimia. Barcelona. Bruguera el libro amigo. 1974. En: my.opera.com/alquimia/topic.dml?id=112692; consultado 17/07/2008.
4. Roth RF. Synchronicity quest. Ch 4. Frankfurt. Verlag Haag & Herchen, 1992. En: www.psychovision.ch/rfr/g4htm.htm, consultado 04/04/2008.
5. El renacimiento y la revolución científica. En: historia-delaciencia-mnieto.edu.co/pdf/Renacimiento.pdf; consultado 04/04/2008
6. Gerardin L. La alquimia. Capítulo 14. Barcelona. Ediciones Martínez Roca, 1975, p 183-197
7. Lain Entralgo, P. Noticias de Paracelso. Medicina e Historia 1968; Dic 50.1. En: www.fo1838.org/pdfs/50-1.pdf.mwm^BM^mL; consultado 20/05/2008.
8. Philipus Theophrastus Bombastus von Hohenheim. Biografía. En: www.shambalah/ph.html; consultado 13/06/2008.
9. From reader: syphilis, mercury, & quackery. The beginning of quackery. En: www.surfingtheapocalypse.net/cgi-bin/forum.cgi?noframes;read=201204; consultado 17/07/2008.
10. Portraits of Paracelsus. En: www.levity.com/alchemy/paracelsus_portraits.html; consultado 07/08/200.
11. The Importace of Alchemy Post HBP - page 8 - Chamber of Secrets. En: www.cosforums.com/showthread.php?t=62065&page8; consultado 31/07/2008.
12. Moran BT. Commentary on "Paracelsus: the man who defied medicine" by H.Crone, JAMA 2004; 292: 2153.

A fines del siglo XVIII ordenóse un clérigo sanjuanino, don José Castro, y desde sus primeros pasos en la carrera del sacerdocio mostró una consagración a un ministerio edificante, las virtudes de un santo ascético, las ideas de un filósofo, y la piedad de un cristiano de los más bellos tiempos. Era, además de sacerdote, médico, quizás para combinar los auxilios espirituales con los corporales, que a veces son más urgentes. Padecía de insomnios o los fingía en la edad más florida de la vida, y pasaba sus noches en el campanario de la Matriz sonando las horas para auxilio de los enfermos; y tan seguro debía estar de sus conocimientos en el arte de curar, que una vez, llamado a hacer los honores del entierro de un magnate, descubrió, como tenía la costumbre, el rostro del cadáver, y levantando la mano hizo señal de callar a los cantores, mandando en seguida deponer el cadáver en tierra al aire libre, y rezando su breviario, hasta que, viendo señales de reaparecer la vida, nombrándole en voz alta y solemne por su nombre, "levántate –le dijo– que aún te quedan luengos años de vida", con grande estupefacción de los circunstantes y mayor confusión de los médicos que lo habían asistido, al ver incorporarse el supuesto cadáver, paseando miradas aterradas sobre el lúgubre aparato que lo rodeaba.

Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888)

Recuerdos de provincia. Buenos Aires: Eudeba, 1960, p 137